



Jesús Bayón Fuentes
HISTORIA DE DOS BOTELLAS DE VINO



Jesús Bayón Fuentes

Profesor de Enseñanza Secundaria,
cuentacuentos de noche y químico de día

HISTORIA DE DOS BOTELLAS DE VINO¹

Había una vez dos botellas de vino. Una de vino tinto y otra de vino blanco. Para ser más precisos, una botella de cristal verde con vino tinto, con denominación Tacoronte-Acentejo y de variedad negramoll. La otra, de cristal blanco casi transparente, con vino blanco, también denominación Tacoronte-Acentejo y de variedad listán blanco.

Rivalizaron en todo desde el parral: primero, como fruta de mesa; luego, como modelos para posar ante la mirada creativa del pintor; más tarde, en el escaparate del comercio; y, al fin, en el paladar de los buenos degustadores y catadores.

¹ *Historia de dos botellas de vino* fue contado por primera vez en público por Jesús Bayón Fuentes el jueves 14 de noviembre de 2013 dentro del Ciclo de Cultura y Vino Tacoronte-Acentejo perteneciente al programa de actos "Noviembre, mes del vino Tacoronte-Acentejo en La Laguna", en el espacio cultural de la Librería Lemus [Nota del editor].

El racimo de listán blanco, desde la más tierna infancia, mucho antes de ser vino, tuvo sus ramalazos de tintes racistas. Sus taninos no eran tan fuertes como los de su vecino, negramoll. Así que lo miraba con cierto desdén, con la mirada altiva y los párpados caídos, como si estuviera perdonándole la vida y diciendo: "Dios mío, qué guapo soy. Dame una cicatriz. Ni por cuanto me mezclara con vos". Era tan pijo, que había cogido un *dejito* como argentino, del Mar del Plata.

Desde el punto de maduración, al racimo blanco ya no le cabía el orgullo. Repetía constantemente las mismas ideas: que si las señoras respetables lo preferían a él en vez de a negramoll, que si no podía competir con su color blanco-amarillo-verdoso y casi transparente, que si la dulzura equilibrada y suave lo hacía a él más ligero al paladar... El caso es que, en efecto, se confirmaba que las señoras, en general, lo preferían a él. Entre otras cosas porque, según se decía en las dietas, engordaba menos.

Por otra parte, a la botella de negramoll, que tenía ciertas limitaciones con respecto a la temperatura ambiente, le tenían que poner, cuando hacía demasiado calor, esa especie de mantitas para refrigerar. Sí, esas que se ponen en la nevera, y que recubren concéntricamente a la botella. En una de esas ocasiones, la botella de vino blanco aprovechó para fastidiar:

—Yo siempre dije que eras una calentona —le dijo a la botella de vino tinto.

—Tú sí que eres fría, y yo me callo la boca... O sea, el gollote —respondió muy digna la botella—. Si no, me derramaría con todos mis taninos y aromas, y no quiero acomplejarte. Siempre ha habido castas. Yo soy natural donde los haya. A ver, si no, como me las arreglaría para combinar con casi todo.

—¿Casi todo? Chiquito fanfarrón...—contestó airado el vino blanco—. Eres lo que yo llamo un "in".

—¿De qué "in" estás hablando? —lo interpeló la botella de vino tinto.

—Pues que eres un insoportable, un impresentable, un incompetente, un incorregible, un impertinente... —enumeró negramoll.

—¡Hazme el favor! —respondió la botella de listán blanco, cada vez más airada.

—Si dicen por ahí que a veces te insinúas en las bocas y el paladar de los beodos. Y también de boca en boca va tu fama fácil, de que le caes muy bien a su gusto y preferencia. ¿No será que a ti te gusta que te besen, y no precisamente en la mejilla, sino que el contacto sea lingual y te llegue hasta el cielo de la boca, y hasta la mismísima campanilla, en la profunda garganta?

—¡Tú lo que estás es envidioso y enfermo! —gritó el vino tinto—. Que mientras que yo estoy lozano y rojo, como si todo fuera sangre, tú estás pálido y frío, blanquecino, transparente y medusiano. ¿Qué culpa tengo yo de ser campeón, como *la roja*? ¿Qué quieres que le haga, si soy el mejor para acompañar en los guisos y a la mesa a las mejores carnes de ternera, vaca y toro, de cabra, de cerdo, conejo, perdices, codornices y otras aves de corral? —seguía vociferando la botella oscura, cada vez más contrariada—. Mira, vino blanco, te voy a decir la verdad: ¡a ti te gusta el pescado! —sentenció—. Pero por eso no te sientas humillado... Aunque un poquito sospechoso sí que es. Yo, si fuera tú, saldría del armario. Bueno, de la alacena o expositor, que para el caso es lo mismo.

—¿No crees que te estás pasando, negro bermellón? —respondió el listán blanco, en un tono mucho más conciliador—. Últimamente me he dado cuenta que siento una pasión por vos. Y yo, aunque soy el preferido de los pescados, y me acompañan viejas, meros, chernes y bacalaos, también acompaño a los langostinos, gambas, cigalas, y hasta a algún pulpito con sus rejos y ventosas. Y no digamos cómo suspiran por mi compañía los calamares fritos.

—Pues te voy a decir una cosa —apuntó la botella de vino tinto—. Ahora, por San Andrés, cuando se abran las bodegas, me iré con unos amigos míos a una castañada. Sí, ellas también son amigas mías. Y combino

muy bien con su envoltura brillante, que parece marrón, que contrasta con su cáscara interna, llena de nervios, rugosa y repleta de taninos, como yo.

—Pues no seas fanfarrón, que yo también tengo amigos y amigas de otoño a las que acompaño muy bien —terció con tranquilo orgullo la botella de blanco—. Por ejemplo a las nueces, con su cáscara verde y dura cual piedra, también llena de colorante, que llaman nogalina, y con su fruto lobulado y carnoso. ¡Qué bien combino con las nueces y no es que yo lo diga! Lo dicen de boca en boca los que me catan y nueces comen a un mismo tiempo. Bueno, si te parece podemos dejarnos de tonterías, que parecemos adolescentes —añadió—. Hagamos un trato con nuestro patrón el bodeguero. Ni para ti, ni para mí. Hagamos un trato señora botella de negramoll, con su solera y tradición. Yo no me meto con usted, y la respeto. Y aceptémonos las dos.

—Eso está muy bien —dijo la botella de vino tinto—. Que estos desgastes de rivalidad no conducen a nada, digo yo. Amigas, entonces, para siempre. Que nos bebamos como vino tinto, como vino blanco o incluso, si nos vendimian juntos, como claretos, que tampoco distorsionan.

—Que los vinos son como la humanidad de viejos, y ya lo decía Noé y lo decía Melquisedec: *que la piel es de muchos colores, pero la naturaleza es la misma*. Los hay suaves, con carácter y hasta con cierta acidez. Aunque algunos se cuelean como agua, cuando están fríos, y a la gente emborrachan. Sobre todo nosotros, los vinos blancos —comentó riendo el listán blanco—. Dejemos la fiesta en paz, llamando al vino tinto buche a buche y poco a poco, que te lo espalillas hasta el corcho.

—Tiene usted razón. Que así no vamos a ningún sitio, ¡Dios mío bendito!. No hay por qué rivalizar, yo sé que se bebe más tinto, pero yo me rindo a tus encantos, vino blanco.

Y así, como nuevos y buenos amigos, las dos botellas de Tacoronte-Acentejo crearon juntos estas rimas:

Hagamos un trato.

Yo bebo vino tinto

Yo bebo vino blanco

Vino tinto con castañas

Vino blanco con lasaña.

Tinto con carne rojiza.

Tinto con longaniza.

Vino blanco con frutos secos

Vino blanco con buenos quesos

Tintos y blancos con arroces

Blancos y tintos con jamón

Tinto con conejo

Tinto en salmorejo

Vino tinto de Tacoronte

Vino tinto y al monte

Vino blanco con queso es tomadero

Vino tinto con queso majorero

Tómese un buen vino ya sea

Blanco, tinto, tinto o blanco

Pulpos con tinto, pulpos con blanco.

Calamares con vino de Tegueste

Conejo con vino de Acentejo

Con vino afrutado, con vino añejo

Me como todos los quesos

Con almendras, anacardos a veces

Bebo vino tinto y blanco con nueces

Blanco, tinto, tinto blanco

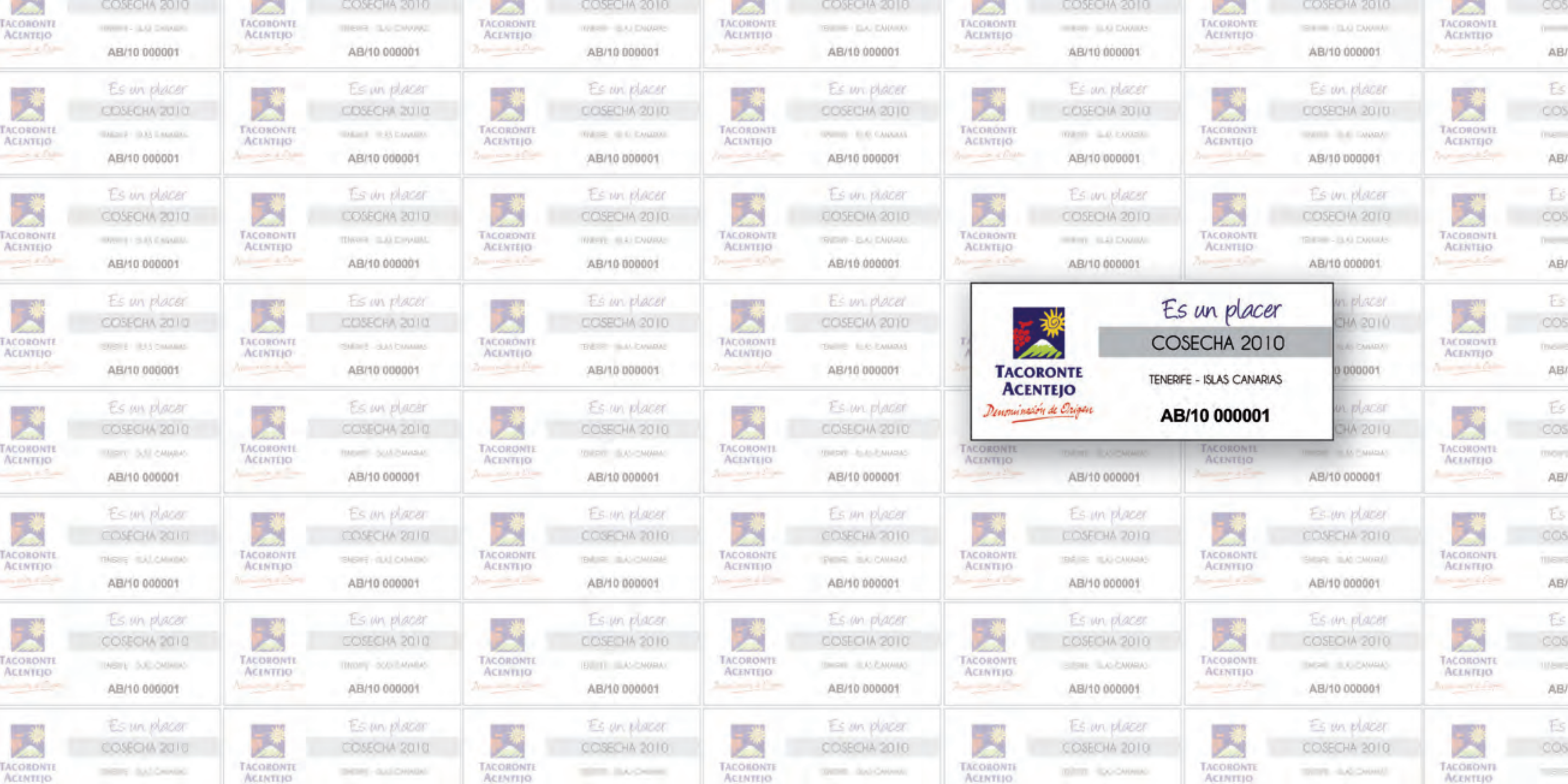
Me los bebo con morenas y cilantro

El blanco con queso qué ricura

El vino tinto con queso y el cura

Vino tinto con ternera estofada

Vino blanco con mero y ensalada



Es un placer
COSECHA 2010

TENERIFE - ISLAS CANARIAS

AB/10 000001

TACORONTE ACENTEJO
Denominación de Origen